



SALMOS 148-150, ALABEN A DIOS

INTRODUCCIÓN

Llegamos al final de nuestro recorrido panorámico por el libro de los salmos, es la última sección del último grupo de salmos Aleluya. Quiera Dios despertar un mayor interés por este libro tan especial de las Escrituras, al que Lutero llamaba una pequeña Biblia dentro de la Biblia misma. El final del salterio termina con jubilosa alabanza como veremos enseguida, con un llamado universal a exaltar y engrandecer el poder, la bondad, la misericordia, la justicia de nuestro Dios. Es un llamado a regocijarse en el Señor, en su triunfo universal como gran Rey sobre todos sus enemigos, la vindicación de su reino y de su pueblo, tal como también podemos encontrar al final del libro de apocalipsis.

Como señala O. Palmer Robertson: “los salmos HALLELU-YAH presentados claramente en el quinto libro del Salterio intentan aclamar la realeza del Señor de manera culminante. Él es ciertamente Señor de todo”. Por eso mis hermanos encontramos en estos últimos tres salmos, que comienzan y termina con la expresión imperativa: ¡Aleluya!, un llamado al reconocimiento, celebración y sometimiento al Señorío de nuestro gran Dios y Rey, nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Consideremos hoy este llamado concluyente del Salterio: Alaben a Dios.

I. UN LLAMADO CÓSMICO

Lo primero que encontramos entonces es un llamado cósmico como señala el salmo 148, una especie de salmo central en este último grupo de salmos Aleluya, al involucrar a todo el universo en el reconocimiento de ese Rey universal a quien tenemos el deber y privilegio de alabar. Pero no solo un grupo de personas en particular, el salmo insta a todo el cosmos a empeñarse en su deber sagrado de alabar a Dios,

A. En los cielos

Como muestra el salmo 148:1-6. Aquí encontramos un llamado a todas las obras de Dios que se encuentran en los cielos, empezando por sus ángeles, ejército glorioso que obedece la voz de su palabra y se dedica al noble deber de alabar a Dios, Sal. 103:20, Ap. 5:11 vs 7:11. Pero también se llama a los elementos de la creación misma, el sol, la luna y las estrellas que Dios conoce por su nombre, para que alaben a Dios. Incluso las nubes y depósitos de granizo como se cita en otro lugar, han de alabar a Dios.

El salmo 19 nos recuerda que aún sin palabras, todos los astros celestes dan gloria a Dios. Todos esos elementos tan ilustres, tan brillantes, tan gloriosos a los que alguna vez los paganos se inclinaron para adorar, esos elementos mismos se rinden en adoración al único Dios vivo y verdadero creador de todos ellos. Los mismos cielos de los cielos, ese lugar más excelso y elevado de todo el universo que incluso no puede contener a Dios (2 Cron. 2:6), los cielos de los cielos también adoran al creador. Todos estos elementos adoran al que mandó y fueron creadas todas las cosas al sonido de su voz, y no solo eso, sino que les dio leyes para que estuvieran firmes, estables, duraderas, para que mantuvieran un movimiento preciso conforme a su diseño, ¿has reflexionado en esto amado hermano?, ¿dejarán, la luna, el sol y las estrellas, de cumplir su función?, desde que fueron creados lo están haciendo, y siguen alabando a Dios. Y se unen en este coro antifonal como plantea el salmista, para exaltar la majestad del creador. Este llamado cósmico se oye también,

B. En la tierra

Leamos versos 7-10. La tierra y el mar también hace parte del coro cósmico que se une en adoración al Dios y Rey supremo. Toda la creación animada e inanimada, accidentes geográficos, fenómenos naturales, seres grandes y pequeños, toda clase de vegetación, lo que hay en la tierra y debajo de ella, absolutamente todo lo que hay, todo lo creado por Dios, rendido a su señorío, a su majestad, a la ley que puso en todos ellos, señalando su supremacía.

Todo llevando a cabo su propósito de proclamar el reino, el poder y la bondad de Dios, tal como pudimos considerar también en el salmo 104, en donde toda la

creación creada por Dios sigue siendo sustentada por él, y cumpliendo su función dando alabanza al creador. Pero también,

C. Toda persona

A este coro cósmico se une la creación especial de Dios que lleva su imagen, y que tiene la capacidad dada por Dios mismo de expresar con su lenguaje, e incluso con sus pensamientos y reflexiones una sentida alabanza a su creador, salvador y sustentador. Leamos versos 11-14 del salmo 148. Se nos dice que gobernantes y gobernados deben adorar a Dios. Se debe entender que ni siquiera los que están en autoridad más elevada, están exentos de este privilegio. Toda persona en su condición, y en cada etapa de su vida, está llamada a adorar a Dios.

Por cierto, quiero resaltar que nuestros niños aquí deben aprender a adorar a Dios junto con sus padres y hermanos mayores, y todos juntos, niños y ancianos, hombres y mujeres, todos como un solo coro, adoramos a nuestro Salvador un día como hoy en el culto público. Padres, deben enseñar a sus pequeños que no vienen a jugar, saltar, o charlar durante el culto público, sino que como todos los demás venimos a adorar a nuestro Dios.

La razón que nos da el salmista es que nuestro Dios es muy exaltado, tanto en los cielos como en la tierra, veamos Sal. 8:1. Por ello, toda persona, y toda su iglesia por supuesto veremos enseguida, somos llamados a unirnos a este coro, o a esta gran orquesta cósmica, dirigida por Dios mismo, en suprema alabanza al Señor, todos proclamando, Alabado sea Dios.

II. UN LLAMADO A LA IGLESIA

Alaben a Dios es un llamado especial para la iglesia. El salmo 149 nos presenta una exhortación a regocijarnos en Dios, y con tal regocijo llevar a cabo nuestro compromiso de alabanza incluso ejecutando los juicios de Dios. Debemos recordar un momento que estos últimos salmos fueron escritos cuando el pueblo cautivo en Babilonia pudo retornar a su tierra, y pudo reconstruir los muros de la ciudad y el templo (segundo), por tanto, era un motivo de gran gozo considerar la maravillosa

obra de salvación que Dios había efectuado. En este contexto se llama a la iglesia antigua a,

A. Cantar y alegrarse en su Dios siempre

Leamos salmo 149:1-5. Esto nos recuerda el salmo 100:1-3. El pueblo que retornó del exilio tenía claro que ya no tenía un rey político como tuvo tiempo atrás, al menos no con la autoridad y grandeza como la que un día tuvieron David y Salomón. Ahora especialmente deben comprender que Dios es su Rey, el gobernante más eficiente, imparcial, equitativo, bondadoso, que los defiende mejor que el más grande y potente ejército.

¡Iglesia, recuerda hoy que Jesucristo es tu Rey Soberano, no tienes otro rey que te gobierne mejor, que te cuide mejor, que te sustente mejor!. Por eso solo a él debes rendirte por completo, solo a su ley debe estar atada tu conciencia, solo a él debes alabar siempre, solo en él encuentras verdadero regocijo y paz siempre.

El salmista da una buena nueva a los exiliados, el Dios que una vez apartó su rostro de su pueblo rebelde y los castigó por sus rebeliones, ahora había perdonado sus pecados, y le plació retornarlos a su tierra, le plació complacerse en ellos y adornarlos con su salvación. Sabemos hoy amados hermanos, que por el sacrificio perfecto de nuestro Señor Jesucristo, todas nuestras rebeliones, todos nuestros pecados han sido perdonados, y Cristo es el supremo gozo del Padre, y por estar ahora nosotros unidos a Cristo por medio de la fe, podemos también nosotros disfrutar del privilegio que Dios se goce con su pueblo, ahora nosotros junto a todos los que en todo lugar invocan el nombre del Señor y procuran día a día someterse a su Palabra, tener el mayor privilegio de todos, ser llamados amigos de Dios, Sal. 84:11, Jn. 15:14.

Así que somos llamados a alabarle con todo nuestro ser. Una claridad, David en el contexto de una fiesta nacional danzó delante del Señor, no dentro del contexto de un culto público como celebramos hoy nosotros (2 Sam. 6:14), y en el tiempo de celebración especial de la restauración nacional no sería impropio una actitud de adoración similar. Hoy no sería muy adecuado en nuestro culto público hacer algo

similar atrayendo la atención sobre alguien en lugar de centrarnos en adorar solo al Señor con todo nuestro entendimiento y sentimientos.

B. Para ejecutar su santo juicio

Este llamado para la iglesia a adorar a Dios implica un llamado a ejecutar su santo juicio contra sus enemigos. Recordemos que, durante el tiempo de reconstrucción de los muros, el pueblo trabajaba con una mano en la obra y la otra en la espada dispuestos a defenderse. Pero también el salmo señala la esperanza de ver el juicio de Dios sobre los enemigos de su pueblo que se enseñaron contra ellos y no tuvieron temor de Dios. Leamos salmo 149:5-9.

Esto podemos decir que es profético, pues con la restauración del pueblo de Dios, al traer Cristo hacia sí mismo todos los hijos del pacto de todas las naciones, viene un juicio contra todos sus enemigos, consideremos Ap. 17:6, y 19:1-5. Recordemos además que, por la venida de Cristo, por su muerte y resurrección, despojó a las potestades, vino a destruir las obras del diablo (Col. 2:13-15, 1 Jn. 3:8), y cada vez que se proclama el evangelio en todo lugar, se extiende el reino, se afirma el Señorío de Cristo, y su juicio contra los impenitentes pecadores que no proceden al arrepentimiento, Jn. 3:18.

No solo la oración imprecatoria como vimos en otros salmos, sino también hoy en especial, la predicación de la Palabra, es la espada de doble filo que Dios nos da para llevar a cabo su juicio, por eso incluso el apóstol nos insta a no llevar nuestros pleitos ante los incrédulos sino ante la iglesia para recibir instrucción bajo el temor y la justicia santa de Dios, 1 Cor. 6:1-4. Como todos los salmos de este grupo, el salmo 149 termina con Aleluya, alabado sea el Señor, al cual no solo debemos cantar sino también servir como instrumento de su justicia.

III. EN TODO TIEMPO Y LUGAR

Por último, el salmo 150 nos exhorta a alabar a Dios con todo lo que somos, con todo lo que tenemos, alabar a Dios en todo tiempo y lugar. Leamos salmo 150:1-6. La alabanza es el final adecuado del libro; la alabanza es lo que el Espíritu de Dios quiso asegurar en el corazón y en los labios. Después de todo lo vivido, observado y

registrado en este libro —pruebas, tristezas, tentaciones, conflictos, decepciones, enfermedades, duelos, persecuciones, guerras, cautiverio, esclavitud, exilio, lágrimas, dolor, oscuridad y tribulaciones—, como resultado de todo ello, como lo habrá al final de nuestras vidas atribuladas y llenas de altibajos, hay ocasión de júbilo, alabanza y triunfo: cánticos, regocijo, éxtasis y aleluyas.

El salmista dice que adoremos a Dios en el Santuario, en todo aquello que muestra el poder de Dios; en y por todas las cosas que manifiestan su omnipotencia. Como iglesia somos templo de Dios, su tabernáculo en la cual Él mora, así que somos llamados a adorarle como iglesia, en nuestras reuniones de adoración pública por supuesto, pero también en el ejercicio de todas nuestras vocaciones.

El salmista menciona toda suerte de instrumentos que usaba la iglesia antigua, señalando que cada uno, con su propia nota distintiva, y todos combinados en armonía, debían emplearse para este propósito. Incluso menciona la danza, que debemos recordar, entre los hebreos parece haber estado acompañada el pandero o el tamboril como dice este salmo y Éxodo 15:20. Esto en conjunto, la armonía de todos los instrumentos, señalan que la alabanza a Dios debía celebrarse con aquello que, en el sentido más elevado, expresara alegría y triunfo. Se exhorta a que haya un estallido universal de alabanza. Que sus alabanzas se celebren no solo con instrumentos musicales, sino que todos los seres vivos se unan en esa alabanza; que un universo vibrante se una en un solemne servicio de alabanza.

Nos exhorta M. Henry: “No nos importa saber qué instrumentos musicales se mencionan. Esto significa que, al servir a Dios, no debemos escatimar costos ni esfuerzos. Alaben a Dios con fe firme; alábenlo con santo amor y deleite; alábenlo con plena confianza en Cristo; alábenlo con triunfo creyente sobre los poderes de las tinieblas; alábenlo con respeto universal a todos sus mandamientos; alábenlo con alegre sumisión a todas sus disposiciones; alábenlo regocijándonos en su amor y consolándonos en su bondad”.

CONCLUSIÓN

Alaben al Señor: ¡Aleluya! Así, al final de todas las pruebas, los conflictos, las persecuciones, las tristezas y las alegrías registradas en este libro, el salmista expresa sentimientos de alegría, triunfo, euforia y regocijo; Y así, al final de todo —cuando los asuntos de este mundo concluyan— cuando la iglesia haya superado todas sus pruebas, haya soportado todas sus persecuciones, haya sufrido todo lo que le corresponde sufrir, cuando la obra de redención se complete, y todos los redimidos del Señor se hayan recuperado del pecado y sean salvos—, esa iglesia, todo el cielo, todo el universo, prorrumpirá en un ALELUYA fuerte, largo y triunfante, terminemos leyendo Is. 35:10.

Hemos visto a la luz de estos cinco libros del salterio, que podemos adorar a Dios en todos los tiempos en cumplimiento de nuestro propósito de glorificar a Dios y gozarnos en él para siempre, tal como vimos en la misma organización del salterio en cinco libros: salmos de Confrontación, Comunicación, Devastación, Maduración y Consumación.

Hemos aprendido a orar personalmente, pero también como iglesia, hemos visto que podemos orar confesando nuestros pecados, así como también a orar imprecatoriamente. Hemos aprendido a orar sostenidos en las promesas y el carácter de Dios.

Quiera el Señor que en adelante nuestras oraciones sean diferentes, y se ajusten más a las escrituras, y que nuestra adoración sea cada vez más reverente y gozosa al comprender lo que Dios es y lo que Dios hace, quiera el Señor ayudarnos a atender el llamado que a lo largo de todo este libro se hace a todo el universo con la expresión, Aleluya, Alaben a Dios. Oremos.